

Homilías

No temer a los cambios necesarios

*José María Tojeira**

Vigilia del 13 de noviembre

Estamos una vez más recordando a nuestros hermanos mártires. Y recordádoles no solo desde la alegría de saber que siguen vivos, inspirándonos y animándonos a trabajar por los demás, sino sabiendo que su causa crece de muchas maneras entre nosotros. Avanza en nuestra resistencia al mal, avanza en el conocimiento de los caminos de fraternidad que debemos recorrer, avanza en nuestra capacidad de propuesta frente a una sociedad demasiado centrada en el enriquecimiento egoísta y en el desprecio del pobre. Las lecturas que hemos elegido nos hablan muy claramente de la posición radical que la Palabra de Dios tiene con respecto a la pobreza injusta. Mata a su prójimo quien no le da el sustento. Mata al trabajador el que no le da un salario suficiente. Crucifica, en definitiva, a su hermano o hermana el que lo mantiene en la pobreza. Por eso, Ellacuría y sus compañeros insistían tanto en que había que bajar de sus cruces a los crucificados de este mundo. Compartir, devolver al hermano excluido y marginado el reconocimiento de su dignidad, amar al prójimo como a sí mismo es el único camino, según la palabra de Dios, para poder llegar a ser seguidor de Jesucristo.

Ante esta palabra que habla con tanta fuerza y vigor de la solidaridad con el pobre, y ante nuestros hermanos, que dieron la vida por la paz con justicia, para que la gozaran especialmente los pobres y sencillos de nuestro país, es necesario que hoy, quince años después, renovemos nuestro compromiso con la transformación de nuestro El Salvador. Este El Salvador en el que sigue habiendo pobreza y en el que se ha cebado una enorme plaga de violencia, apoyada en la misma miseria e injusticia, y en la impunidad de los poderosos, que sirve como estímulo y ejemplo para los delincuentes. Plaga de violencia que nos ha golpeado también en la Universidad, llevándonos en el semestre pasado a tres magnífi-

* Rector de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas".

cos estudiantes, muchachos buenos, promesa frustrada de honradez y desarrollo para nuestra patria. Quisiera, en esta misa, recordarlos por su nombre. Sergio Coto, asesinado a los tres días de comenzar el primer semestre. Ismael Orellana, asesinado en un bus por no llevar dinero. Y Ernesto Ávila, asesinado también por mostrar un gesto de desagrado ante el robo que estaba padeciendo. Tres espléndidos jóvenes, cuyo crimen permanece impune, pero cuya muerte nos reta una vez más a cambiar radicalmente a esta porción del territorio centroamericano, y al resto de Centroamérica, donde nuestros hermanos sufren la misma pobreza y violencia. Cómo no querer revertir la historia desde las víctimas, si las víctimas eran lo mejor de nuestra historia.

Nuestros mártires, todos los mártires de El Salvador, sean famosos o desconocidos, y a quienes recordamos como los nuevos próceres de El Salvador, nos empiezan a decir que hay una nueva historia, donde la dignidad, el respeto a los pequeños y la justicia son posibles para todos. Aunque haya que luchar pacífica y permanentemente.

Recordábamos la situación de El Salvador, cuando el año pasado, Juan Pablo II decía que "hoy más que ayer, la guerra de los poderosos contra los débiles ha abierto profundas divisiones entre ricos y pobres. Los pobres son legión. Y en el seno de un sistema económico injusto, con disonancias estructurales muy fuertes, la situación de los marginados se agrava de día en día. En la actualidad, hay hambre en muchas partes de la tierra, mientras en otras hay opulencia. Las víctimas de estas dramáticas desigualdades son sobre todo los pobres, los jóvenes, los refugiados" (*Pastores Gregis* 67). Y hoy, a la luz de nuestros mártires, decimos que no queremos más guerra de los poderosos contra los débiles. Y nos animamos mutua y de manera esperanzada, porque si nuestros mártires vencieron al fin, pacíficamente, a los que hacían la guerra con metralla y con cañones, cómo no vamos a estar seguros nosotros de que podemos vencer, pacífica y conscientemente, esta guerra económica y legal que se sigue haciendo contra los pobres de El Salvador.

¿Qué país queremos? ¿Qué ansiamos cambiar en esta tierra crucificada? Ciertamente, queremos desterrar la pobreza y la violencia. Pero también la corrupción, la ineficacia de nuestras instituciones, un sistema judicial que, en palabras de Mons. Romero, todavía actuales, solo muerde al que camina descalzo.

Nuestro país necesita, en primer lugar, una transformación de actitudes, un cambio de cultura profundo. Tenemos que aprender todos a ver la historia desde los ojos de Lázaro y no desde la vida en opulencia e indiferencia del rico, al que tradicionalmente le hemos llamado Epulón, pero que en el evangelio permanecerá siempre sin nombre. Son las víctimas de la historia, los pobres, los débiles y los indefensos los que nos enseñan a tener valores, y no los poderosos. Son ellos,

los sencillos, los que dieron su vida pacíficamente por la justicia, los que murieron mientras iban o volvían de estudiar, los que fueron asesinados mientras esperaban a un amigo, los que nos dicen que debemos cambiar esta historia de violencia, pobreza e injusticia social. Tal vez no sea fácil cambiar las actitudes. Pero aquí estamos, reunidos miles que queremos cambiar el país. Y por radio nos están escuchando otros miles más de personas buenas, bien intencionadas, que quieren un El Salvador mejor. Si liberamos nuestra generosidad, si nos dejamos impactar por el evangelio que nos habla de solidaridad y entrega, de opción clara y honda por los más pobres, podemos hacerlo. Tenemos a nuestros mártires, que aceleraron con la entrega de su vida el proceso de paz salvadoreño. Tenemos a Mons. Romero, que brilla como una luz en el camino, cada día más intensa y clara, mientras se apagan los brillos falsos de sus asesinos, por más dinero que le metan en publicidad. Tenemos a tanta gente buena, que empuja desde su trabajo diario, desde su esperanza, desde su opción por vivir solidariamente, desde su hambre y sed de justicia. Iniciemos entre todos una cultura de paz, de razón compasiva y misericordiosa que opta por los más débiles, de amor a la vida, en todo momento y en toda circunstancia.

En esta nueva cultura, en esta transformación de actitudes, entra la memoria de los que nos precedieron. Una memoria transformadora. La memoria de Katya Miranda, que exige que se transforme la justicia en nuestro país. La memoria de las hermanitas Serrano, dos niñas campesinas desaparecidas, que han logrado llevar al Estado salvadoreño, por primera vez, al tribunal de derechos humanos de la Organización de Estados Americanos. Los ángeles inocentes e indefensos a punto de derrotar a un Estado con toda su prepotencia, con todo su dinero, con todo su ejército y con toda su propaganda.

El evangelio del pobre Lázaro nos habla del triunfo final de los justos y en la historia el Señor nos da el consuelo de ver cómo los humildes, poco a poco, logran bajar a los potentados de los tronos y los obligan a pedir perdón. Las palabras de María, nuestra madre, esa mujer fuerte, mucho más semejante a las madres que, en tiempo de guerra, lloraban la muerte injusta de sus hijos que a las pinturas de mu-



jer rica con las que a veces se nos muestra, aseguraba que Dios llenaría de bienes a los pobres, mientras a los ricos los despediría vacíos. Nuestros mártires, todos los mártires de El Salvador, sean famosos o desconocidos, y a quienes recordamos como los nuevos próceres de El Salvador, nos empiezan a decir que hay una nueva historia, donde la dignidad, el respeto a los pequeños y la justicia son posibles para todos. Aunque haya que luchar pacífica y permanentemente. Aunque haya que esforzarse. Aunque haya que confiar en medio del fracaso y del dolor. Por eso, no descansaremos hasta que los victimarios pidan perdón.

Esta opción por los pobres hoy, en nuestra historia y en nuestro país concreto, en nuestra Centroamérica querida, nos lleva a exigir una inversión mucho mayor en educación. Que nadie sin capacidad para estudiar se quede sin la oportunidad de hacerlo. Que desaparezcan las desigualdades entre los institutos públicos y rurales y los privados de la capital. No para bajar el nivel de los capitalinos, sino para subir el nivel de todos y ofrecer una igualdad de oportunidades real, a todos nuestros hermanos y hermanas. Cómo no preocuparnos si vemos que se persigue con tanto afán la firma del tratado de libre comercio y se olvida, entre tanto, preparar, instruir y educar a nuestra gente para que no nos arrase la competencia de quienes tienen mejor preparación y más dinero.

Esta misma opción nos exige un único sistema de salud y una mejora del sistema para todos y todas. Cómo es posible que hoy todavía una madre campesina, que ha dado a luz diez hijos, que ha trabajado toda su vida más que nadie, que ha creado riqueza para El Salvador, tenga menos derechos en el campo de la salud que un burócrata que ha quemado su vida tratando mal a la gente detrás de una ventanilla. ¿Por qué ella no tiene derecho a medicina, en el sistema del Ministerio de Salud, mientras al burócrata se la dan gratis en el seguro social? Esto tiene que cambiar en nuestra patria para que podamos llamarnos verdaderamente hermanos sin que se nos caiga la cara de vergüenza. Aunque algunos no tienen vergüenza y tienen la cara tan dura que es casi imposible que se les caiga. Pero no se preocupen, la dureza está en las máscaras que se colocan, y éstas se pueden quitar.

Todas las instituciones estatales tienen que servir a todos y todas por igual. Empezando por un sistema de justicia, que funciona todavía demasiado apegado al poder y al dinero. Un sistema en el cual las víctimas del pasado nunca ganan, aunque las instancias internacionales de justicia digan que tenían dignidad y razón. Romper el monopolio de la acción penal de una fiscalía demasiado politizada y dependiente en exceso de los poderes dominantes, es una exigencia para el mejoramiento de la justicia. Lo mismo que reorientar una policía, tan necesitada de formación, depuración y reformas para poder servir mejor al ciudadano y al país. Y continuando por la organización del sistema de impuestos, hasta ahora demasiado apoyado en los más pobres y en la clase media, y que deja a los más ricos hartándose con el pastel nacional y sin que se les exija responsabilidad, en el desarrollo de todos.

Cómo no exigir, en ese contexto, una auténtica reforma fiscal. No sólo el reordenamiento de impuestos realizado hasta ahora, sino una verdadera reforma,

que toque a los que los evaden. La riqueza la producimos entre todos en este país. Todos trabajamos. Pero el modo de apropiarse de ella está demasiado inclinado a favor del más poderoso, del cual tiene apoyo político, o del cual pueda engañar y explotar con impunidad. Si es cierto el dato que ha circulado, de que en El Salvador solo 1 065 personas declaran un salario superior a 4 mil dólares mensuales, eso quiere decir que hay fácilmente 50 mil salvadoreños que le engañan y le roban al Estado. Contra esos 50 mil ricos es que hay que hacer una verdadera reforma de impuestos y no querer cargarle todo el peso impositivo a los pobres y a la clase media, a través del impuesto al valor agregado. El mantener al país en esa incapacidad de tocar el bolsillo de los que tienen, es la fuente de muchos de los males que nos aquejan. No tengamos miedo en pedir los cambios que necesitamos. Si no necesitamos ejército es mejor decirlo y dedicar esos fondos a educar a los jóvenes del campo y de los barrios marginales, en nuestros colegios y escuelas, a reformar el sistema de salud y a combatir el crimen que tanto dolor y luto nos trae a todos. Qué bonita sería una Centroamérica desmilitarizada, enrumbada en caminos de paz y de desarrollo.

Las lecturas nos dicen que el Señor oye las quejas del huérfano y de la viuda. No duden que el Señor está oyendo nuestros clamores y tiene sus ojos puestos en El Salvador, en Centroamérica, y en tantos países del mundo donde la guerra, la pobreza o las catástrofes humanitarias se suceden, en dolor y en desesperación. Pero el Señor quiere que seamos nosotros y nosotras los que sigamos el camino de Jesús. Ese camino pacífico que pide que carguemos con la cruz de la solidaridad y del amor, día a día. Esa carga que siempre será ligera porque Él camina con nosotros. Que digamos, desde la paz y la razón, nuestra verdad, la verdad de los pobres y las víctimas, la razón de los hombres y mujeres de buena voluntad, que quieren, desde el diálogo y el testimonio personal, hacer un mundo más justo y más humano. Si el Señor está con nosotros, quién contra nosotros, que decía san Pablo. Y si al lado del Señor están también Mons. Romero, nuestros mártires jesuitas con Elba y Celina, los niños y niñas de El Mozote y de tanta masacre, Katya Miranda y nuestros estudiantes asesinados en el pasado y en el presente, Sergio, Ismael y Ernesto, ¿quién contra nosotros? ¿El poder del vil dinero, como lo llama el evangelio? ¿La propaganda mentirosa? ¿El egoísmo de una sociedad de consumo?

En todo ello vencemos por la fuerza de Jesús, el Cristo, que nos amó desde la cruz. Y en todo ello vencemos, porque muchos años después sigue habiendo profetas, sigue habiendo mártires y sigue habiendo personas de buena voluntad, como ustedes, hermanos y hermanas, que nos acompañan, que creen en el Señor Jesús y que están dispuestos a curar las heridas y enjugar las lágrimas de este El Salvador herido por el pecado y la injusticia. Que el recuerdo de nuestros mártires, unido a la presencia del Señor Jesús, vivo entre nosotros, en la comunidad, en la palabra y en el sacramento, nos anime con ese ánimo y esa fuerza, que nada ni nadie nos puede arrebatar. Que así sea.